

Lois Valsa

En torno a:

Guadalupe Nettel, *Los divagantes*, Anagrama, Barcelona, 2023.
(*Ocho relatos sobre el desarraigo o cómo navegar sin brújula*)

Ce roi de l'azur maladroit et honteux (Charles Baudelaire, *Les fleurs du mal*)

Guadalupe Nettel (Ciudad de México, 1973) es autora de *El huésped* (finalista del Premio Herralde de Novela 2005), y también de sus posteriores y celebradas obras *Pétalos y otras historias incómodas*, *El cuerpo en que nació*, *Después del invierno* (Premio Herralde de Novela 2014) y *La hija única* (Premio Cálamo Otra Mirada 2020 y finalista del premio Broker Internacional 2023). Todas ellas publicadas en la editorial Anagrama. También ha escrito *El matrimonio de los peces rojos* (Premio Internacional de Narrativa Breve Ribera del Duero). Sus libros han sido traducidos a más de veinte lenguas y han obtenido, además, diversos galardones internacionales, como el Premio Nacional de Narrativa Gilberto Owen, el Antonin Artaud, el Anne Seghers y el Grand Balam 2023. También ha obtenido muy buenas reseñas críticas: "Nettel es libre. Ha luchado tenazmente, ya desde su primer libro, por eliminar los dogmas trillados y las verdades heredadas, y su mérito es notable: bajo los cielos más encapotados, ha sabido sacar adelante un discurso narrativo propio, una singular y audaz forma de estar en el mundo" (Enrique Vila-Matas). O "Una de las más singulares escritoras mexicanas" (J. A. Masoliver Ródenas). O "Los lectores avezados disfrutarán de esa nueva voz literaria, tan sofisticada como original, en el panorama de las letras latinoamericanas" (*Arcadia*, Del destierro no solo físico y emocional sino también mental, Colombia). "Prodigioso talento" (Inés Martín Rodrigo, *ABC*). "Una de las voces más originales de la literatura latinoamericana" (Véronique Rossignol, *Livres Hebdo*). "No pierdan de vista a Guadalupe Nettel" (Carlos Zanón, *El País*). Estamos, pues, sin duda, ante una autora ya muy conocida, y reconocida, en el mundo literario.

Este último libro comienza con una cita de Anaïs Nin: "Nosotros no vemos las cosas como ellas son. Las vemos como nosotros somos". Esto lo demuestra perfectamente Guadalupe Nettel en estos relatos que domina a la perfección dentro de las reglas y mecanismos que tiene el cuento pero tal como ve las cosas ella. Sus narraciones breves son fragmentos de la vida cotidiana que Nettel con su maestría narrativa va encajando cual miniaturas. Para la autora no es tan importante lo que ocurre sino el cómo ocurre y cómo lo afrontan sus personajes creando unas atmósferas muy particulares. A lo mejor el lector queda un poco desconcertado por sus divagaciones, las divagaciones de sus "divagantes", sean humanos o animales como los albatros. Precisamente el relato de "Los divagantes" da título al libro. Sus protagonistas buscan símiles con los pájaros, según el carácter de las personas. A partir del albatros hace una indagación sobre lo que significa ser extranjero y no saber o poder pertenecer a ningún lugar: "¿Qué hacía un albatros en un lugar tan alejado de su hábitat natural?" El subtítulo, "ocho historias sobre el desarraigo o cómo navegar sin brújula", también es muy significativo. Desde luego son ocho historias que muestran el sello inconfundible de la autora con sus temas nucleares-los miedos y la intimidad, las difíciles relaciones de pareja, la maternidad en sus distintas formas-, que también dialogan con otras obras suyas anteriores. Así, Nettel demuestra su gran capacidad para ahondar en los interiores de hombres y mujeres, en su otredad, en su extranjería de variadas formas, en los márgenes de la sociedad. En el destierro, no solo físico y emocional sino también mental de sus personajes.

Guadalupe Nettel se centra, pues, en siete relatos del libro, en la familia, o en eso que llamamos familia, en los afectos y en los desafectos familiares, en sus dobleces, en sus claroscuros, en sus proyecciones. Solo en un relato, "La cofradía de los huérfanos", no hay familia. En este relato el narrador no tuvo información de su familia:

"No conocí a mis padres. Crecí en una institución del Estado". Los sollozos nocturnos y el dolor es lo único que hermana a esos seres huérfanos. El protagonista se pasa años buscando su origen: "Pasé años de mi infancia inventándome toda clase de historias acerca de mi origen". Porque sus recuerdos más antiguos no salen del patio o el comedor del orfanato. Todos los demás relatos, unos más logrados que otros, ahondan una y otra vez en el tema familiar de seres desubicados en la estructura familiar. En las miradas periféricas que se convierten en puntos de apoyo de sus respectivas estructuras familiares. En esto hay que reconocerle a la autora una originalidad fuera de lo común en una temática sobre la que se escribe, y que ya se repite, desde hace tiempo. Así logra, en estos ocho relatos, indagar en los puntos ciegos familiares, en el punto ciego de cada familia en cada relato. En el primer relato, "La impronta", en la estela surrealista del "azar objetivo", por ejemplo, es el tío que la narradora encuentra por casualidad en un hospital acompañando a su amiga: un familiar expulsado de su familia e incluso recortado de las fotos del álbum familiar. La joven estudiante decide acompañar a su tío, ese pariente "proscrito" del que nadie en la familia quiere hablar, durante su enfermedad en el hospital en el que muere.

En todos los relatos, algunos especialmente logrados, hay un narrador o narradora que, siempre en primera persona, nos va contando la historia. Además del tema familiar, lo que se repite, es que los protagonistas de estos ocho relatos son, cada uno a su manera, "divagantes". Lo son sobre todo porque algún acontecimiento inesperado ha roto las rutinas de sus vidas diarias y los ha obligado a salir de su espacio habitual y a moverse por territorios extraños. El ejemplo animal más claro y palpable es el de los albatros que son aves monógamas y longevas, que, a pesar de que son los que mejor vuelan, debido al sobreesfuerzo por falta de viento, enloquecen, se desorientan y acaban llegando a lugares muy alejados

de su hábitat natural. Los llaman “albatros perdidos” o “albatros divagantes”. Cuando están extraviados, se aparean, sin ningún protocolo, con hembras de especies muy diversas que como ellos se han vuelto divagantes. No hay que olvidar que son aves monógamas que tardan mucho tiempo en elegir cuidadosamente a su pareja. En relación a los humanos, la narradora está pensando en su amigo del alma que ha vuelto a su país, Uruguay, la pregunta es: ¿después de veinte años de echar raíces en otro país, puede uno volver a integrarse como si nada a la colonia de origen? Después de esta pregunta es evidente por qué la autora ha elegido este relato para dar título al libro.

Nettel, que ha alcanzado gran maestría en este género, hila, a pesar, a veces, de un aparente desorden o incluso de caos, en sus textos, que puede desconcertar a lectores no acostumbrados, hila muy bien las tramas y no deja en su escritura cabos sueltos. Así, al final, aunque no quiera, acaba uno reconociendo su maestría narrativa.

La escritora mexicana transita siempre entre el realismo y la fantasía, entre el “éxito” y el “fracaso”, o lo que la sociedad entiende por estos términos que nos cince-la como obsesión. Así va posando su mirada profunda sobre sus personajes, una mirada en la que late una gran ironía, con un leve humor de fondo. Pone al descubierto y comparte sus locuras, que pueden ser suaves o hasta destructoras, y sus manías particulares, que acaban siendo espejo de nuestras propias obsesiones. Sus narradores, repito, siempre en primera persona, quieren saber un poco menos de lo que nosotros como lectores vamos entendiendo a medida que avanzamos en la lectura. También sus lectores vamos divagando en cada relato o de uno a otro, siempre sorprendidos de cómo la autora nos conduce por tortuosos caminos, aparentemente sin salida. Pero que ella, sin mucho estruendo y dejando su impronta, con imaginario intimista en ese mundo inquietante, encuentra siempre. Sus personajes, lejos de sentirse desubicados como los lectores podemos llegar a

pensar, acaban encontrando su espacio en un territorio poco habitual. Como ese albatros divagante del relato, esa ave-poeta maldito de la naturaleza, según Baudelaire, que acaban más allá de su hábitat natural. Nettel la divagante es capaz también de salirse de su hábitat habitual para indagar en territorios desconocidos para ella y para sus lectores. Con su gran dominio de la técnica narrativa, y su increíble capacidad de crear nuevas atmósferas que nos envuelven, logra llevar a sus personajes, y claro está, a sus lectores, a mundos desconocidos y poco frecuentados siempre sorprendentes.